

L.

La única patria posible es la del corazón.

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2021, Mónica Rodríguez Suárez,
por el texto
© 2021, Editorial Casals, SA
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de cubierta: Mercè López
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-8343-797-1
Depósito legal: B-11122-2021
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)



Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

**bam
bú**
EDITORIAL

1. El exilio

Yo no quería irme. Era como sacar a una cría de su nido. Fui todo el camino protestando y cuando me cansé, cerré los ojos dispuesto a no volver a abrirlos. No vería el lugar al que nos dirigíamos ni el paisaje que dejábamos atrás. Imaginé los pájaros posados en los olivos y en los cables eléctricos viendo cómo se alejaba nuestro coche cargado de maletas. Cabeceaban tan disgustados como yo. Piaban.

–¡Si hasta los pájaros no quieren que nos vayamos! –protesté.

Cornelio sofocó una risa.

–¿Qué pájaros? ¿Los de tu cabeza?

Imaginé su gesto burlón, mirándome de reojo mientras conducía. Sentí su mano despeinarme, como si quisiera espantarme aquellos pájaros. Me moví incómodo sin abrir los ojos.

–Estaremos bien –dijo Cornelio, paciente–. Estaremos mejor.

Pero yo ya estaba bien. Yo no necesitaba nada más que aquel lugar en el mundo del que habíamos partido, que era el nuestro. No necesitábamos una vida mejor. Pero él se empeñó. Le había salido aquella oferta de trabajo. Aún veía el cartel de cerrado en la puerta de la peluquería. Dentro, la foto de Cornelio, de joven, con largos bigotes y las tijeras en la mano. Como un cowboy de la peluquerías. Ahora todo quedaba atrás, el negocio, el pueblo y también el mar, indiferente a nuestro éxodo. Lleno de peces y barcos hundidos que no sabían nada de nosotros. De Cornelio y de mí. El peluquero y su hijo, huyendo ahora por culpa de la peluquería. Ya casi nadie entraba y Cornelio se pasaba los días sentado en el sillón rojo de peluquero leyendo novelas del Oeste, con los peines enfundados en los bolsillos de su cinturón. Levantaba cada poco los ojos hacia la ventana donde se estrellaba el sol y suspiraba. Afuera un matojo de hierba rodaba solitario. Él, la tijera más rápida de toda la península ibérica, no tenía ni una sola cabeza a la que rapar. Ahí empezó todo. Entonces le hablaron de L., ese lugar al que nos dirigíamos ahora, donde se necesitaba a alguien diestro en peines, cepillos, tijeras y pinzas.

Un lugar en medio de Castilla, tan lejano que llevábamos por lo menos tres horas en el coche.

El fin del mundo.

2.

El fin del mundo

Cornelio había empezado a silbar una melodía pegadiza. La carretera subía y bajaba dentro de mi estómago. Se había vuelto de pronto una espiral. Me quejé.

–Si abrieras los ojos, igual no te mareabas –dijo él.

Apreté con más fuerza los párpados. Soy un rebelde, lo sé. Tanteé la puerta hasta alcanzar la manilla y bajé el cristal. El viento se me metió entre las pestañas. Me aplastó la nariz. No sé a qué olía, pero era distinto. No había mar en aquel ventarrón, no era el olor caliente y familiar de A., nuestra patria. Entreabrí apenas los párpados y vi las montañas llenas de pinos. Entonces Cornelio detuvo el coche.

–¿Lo ves? Allí es.

Pero yo, terco, apreté bien los ojos para no verlo. Tanto que me dolían. Cornelio suspiró impaciente y puso de nuevo el coche en marcha. Entonces, cuidando de que no me viera, abrí una rendija en los párpados y miré aquel pueblo que era nuestro destino: el fin del mundo.

Estaba en un cerro. Las casas se asentaban en las rocas. Más arriba solo había cielo y era azul entre las pestañas. Un águila hacía círculos en su luz. Abajo, estaban el río, las huertas y los pinos. Había también un grupo de palmeras a la orilla del pueblo. Eran extrañas en aquel paisaje castellano. Todo era extraño.

Cornelio volvió la cabeza hacia mí y yo rápidamente apreté los párpados hasta hacerme daño. Ahora sí que no pensaba abrirlos. Nunca más. El coche se movía y el viento entraba con su olor a exilio. Poco a poco, el pueblo lo llenó todo. Voces, pájaros, motores. De pronto, me sentí lanzado hacia delante. El ruido del freno de mano cortó el aire. Oí el golpe de la puerta al cerrarse y su viento. Obstinado, apreté más los ojos y con ellos la luz que se aferraba a los párpados.

–¡Vamos, Pol! Ya hemos llegado. Ayúdame con esto.

Cornelio me hablaba desde fuera del coche. Suspiré con fastidio antes de salir, pero me negué a abrir los ojos. Tanteé la carrocería.

–¿Quieres dejar de hacer el tonto?

–¡Lo que quiero es volver a A.! –grité.

Porque eso era lo que quería. Regresar a nuestra patria, contemplar el nombre serigrafiado en la ventana de la peluquería, «Barbería Cornelio. Desde 1910», y detrás, las calles familiares, el mar extenso y ruidoso. Entonces sentí las salpicaduras. Instintivamente abrí los ojos. Cornelio me lanzaba agua de una fuente de azulejos que había en los bajos de una casa con balcones. Las maletas de Cornelio estaban en el suelo y también se mojaban.

–¿Pero qué haces? –grité malhumorado.

–Abrirte los ojos.

Unas risas me hicieron mirar hacia arriba. En uno de los balcones, dos niños se reían. Él era alto y orejudo y se le movían los hombros. La niña, más pequeña y despeinada, sentada con los pies colgando entre los barrotes, tapaba su boca tratando de ocultar aquella risa.

Tomé mi maleta con furia y caminé calle arriba. Cornelio me alcanzó con sus dos maletas. Tres ancianos inmóviles, sentados en un banco, frente a la fuente, nos miraban.

–Anda, Pol, pon un poco de tu parte. Estaremos bien. Los principios cuestan, pero estaremos mejor. Te lo prometo.

Hizo una pausa y añadió sonriendo misteriosamente:

–Todo pueblo tiene sus tesoros.

–Y sus demonios –dijo una voz grave, susurrante, como un golpe de viento.

Me sobresalté. Miré hacia los ancianos, quietos como lagartijas al sol. Uno de ellos cabeceaba, asintiendo, apoyado con ambas manos en su bastón.

–¿Quién ha dicho eso?

–¿El qué? –preguntó Cornelio–. Yo no he oído nada.

Se encogió de hombros y retomó el camino. Los ojos de los viejos siguieron su trayectoria. También los niños desde el balcón. Alcancé a Cornelio de una carrera.

Aquellas dos palabras, tesoros y demonios, hacían círculos en mi cabeza.

Tesoros y demonios. Demonios y tesoros.

Como una premonición.